

NL
371.895
M

ALFONSO REYES
Fondo. 1625 MONTERREY, N.M.

Po 7297
.M3
A8



FONDO NUEVO LEON

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTELA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1625 MONTERREY, N.M.

PRIMERA PARTE

Plaza de Amecameca, en el día de Todos Santos.—Vendimias de frutas, dulces, cera y pasteles.—Vendedores y gente del pueblo.

Escena Primera.

Sandoval, Pérez, Antolín y Juan.

Sandoval De modo que si no hubieramos tenido la fortuna de encontrar á Ud. no habríamos podido visitar el volcán?

Antolín Habrían tenido Uds. necesidad de esperar mi presencia aquí; pero ya ven Uds. más vale llegar á tiempo que.....

Juan Nada, nada, habrían buscado los señores á otra persona para que les arreglara la subida.

Antolín No, amigo; sin mi consentimiento, nadie puede subir al volcán. Yo soy aquí el único representante del señor general Sánchez Ochoa, dueño del terreno en que está el volcán, y conmigo se entiende todo el mundo.

Pérez Vaya, pues ha sido una dicha para nosotros encontrar al Sr. Don Antolín Mendizabal, representante de Sánchez Ochoa.

Antolín Todas las personas que vienen, hasta las más encopetadas me buscan y..... [fumando en su boquilla] yo sirvo á todos con gusto, como quiera que sean, porque hoy por tí y mañana por mí.

Juan Porque, le pagan diga Ud. de una vez.

Antolín Yo hablo con los señores..... Y si nó, que lo digan el Lic. Zepeda, el Dr. Garza, el Ingeniero Benites y..... todos esos señores diputados y empleados amigos del Sr. Gral. Todos me conocen. Aquí tienen Uds. (sacando una cartera) muchas tarjetas que me mandan de México varios particulares el día de mi santo, el Año Nuevo y..... cartas..... aquí traigo.....

Sandoval Bien. Sr. Administrador, pues mucho gusto tendremos en que Ud. nos considere como sus amigos, aunque no somos diputados, ni abogados, ni.....

Antolín No, Sr., el gusto es para mí. Ya ven Uds. que sin embargo de no conocerlos, no les puse dificultad alguna... y que les he arreglado, por el módico precio de quince pesos por persona y cinco por el criado, los caballos y los guías por los tres días que van á tardar en su ascensión.

Pérez ¿Y Ud. nos acompañará, por supuesto?

Antolín No, yo tengo aquí algunos negocios.....pero va Don Lorenzo, que es muy conocedor del terreno y muy hombre de bien. Como vive en el barrio de "Los Volcaneros" conoce bien á su gente: y.....

Sandoval Como se ha entretenido el Doctor en la comida.....

Antolín Es que en el "Hispano Americano," se come bien, y hay que saborear los platos.

Pérez Pues en el Hotel de Doña Lupe, no sirven mal y despachamos nosotros pronto.

Antolín Son Uds. jóvenes y prefirieron comer poco por tal de dar una vuelta por esta alegre plaza.

Juan ¿Y que fiesta tienen ahora aquí?

Antolín Hoy, 1º de Noviembre, la fiesta de *los grandes*, y mañana la de *los chicos*.

Pérez Es decir, hoy la de los ricos y mañana la de los pobres?

Ant. No señor, los grandes, son los santos de los vivos y los chicos son los muertos.

Pérez ¡Ah, vaya.....según ustedes, morir es achicarse.

Juan ¿Y quién es aquí el más rico?

Ant. Don Ventura Ayala, el dueño de la tienda del portal.

Juan Y el santo patrón de aquí?

Ant. La verdad amigo, Ud. pregunta más que un catécismo.....

Juan Es el Señor del Sacro-Monte, y allí tiene su capilla; antes le hacían una procesión muy bonita y lo traían hasta la Parroquia. los miércoles de ceniza, pero ahora.....

Juan Ya vienen los señores.

Escena Segunda.

Dichos y el Dr. Ramiro con Ualdés, Rivera y Carlitos.

Doctor Nunca me había encontrado tan bien como hoy; y á pesar de mis sesenta y tantos inviernos, la realización de un proyecto que tantas veces, y por tan diversos motivos se me había frustrado, me regenera, y me siento con las fuerzas bastantes para llevarlo á cabo.

Ualdés Se necesita la fuerte naturaleza de Ud. y su entusiasmo científico, para resolverse á una empresa de esta naturaleza, que además de ser pesada, tiene serios peligros.

Doctor Siento que no hubieramos tenido tiempo de organizar esta excursión con un carácter verdaderamente científico; pero aunque sea una excursión puramente recreativa, me

ha seducido la idea de acompañar á Uds. en esta improvisada ascensión. En cuanto á los peligros, yo no niego que los haya, porque la verdad es que muchos han encontrado la muerte en las nieves de las altas montañas, en premio de su osadía; y el Popocatepetl no se ha quedado muy atrás en eso; pero en fin, no hay que pensar en eso.

Rivera Lo malo es que se nos haya ocurrido hacer esta excursión en un tiempo, que por la proximidad del invierno, hará la ascensión más penosa, más difícil y más peligrosa.

Pérez ¿Peligros, dice Ud: pues hombre, eso había de habersenos dicho antes; porque la verdad yo no tengo ni pocos deseos de exponer mi vida.

Juan Sí, señor Pérez, es una locura de estos señores, venir á buscarse alguna desgracia; y lo que es peor, alborotar á mi amo que ya no está para esas cosas.

Pérez Pero tú estas fuerte, y supongo que como buen indio, serás valiente.

Juan No, yo no la pico de valiente; y si me vé Ud. aquí, es sólo por cuidar al amo, que tanto me lo encargó la niña.

Sandoval Pero, y tú que sabes de los peligros que hay en la subida.

Juan Yo sé mucho: todo lo que me han contado.... y la verdad?

Rivera Y qué te han contado?.....

Juan Pues, que llegando ya á la nieve no puede uno resollar,

que hecha sangre por las narices y por las orejas; que le truena á uno la cabeza como si le dieran martillazos en ella;

que se desmaya, que si un cristiano se resbala se vá por el aire como una bala de cañón, que se hunde uno en la nieve;

y que allá en la mera boca, se atonta uno tanto que le dan muchas ganas de tirarse de cabeza para adentro, y que vá uno á cocerse en el azufre sin despedirse de los amigos.

Pérez Todo es cuestión de aguantar las ganas y no tirarse.

Juan Pero no es eso lo más malo, ya se sabe que todo puede aguantarse; mas también dicen que hay que pasar la noche

en la Cueva del Muerto, donde lloran y bufan muy feo y que en las mañanas se ven unos espantos más grandes que esa

torre, que se le vienen á uno encima, haciéndole señas.....

Ant. No lo crean Uds. no hay tales espantos ni tampoco peligros. Si no es ni difícil la subida. Nosotros subimos corriendo y silvando. Dicen eso las gentes que vienen, para darse importancia; pero no, no es el león tan fiero como lo pintan. Si suben hasta señoras, y creo que hasta han hecho bailes allá arriba.

Carlitos Por supuesto; pero aunque haya grandes dificultades y verdaderos peligros, yo, por mi parte, como tengo la fortuna de no conocer el miedo, no me arredra la tal ascensión. Curioso sería que á la edad de 18 años y después de haber llevado á término árduas empresas, no lograra hacer hoy lo que tantos sabios y valientes exploradores han hecho en casos análogos. ¡Vaya! quien ha subido las fatigo-

Doctor

sas pendientes de Chapultepec y de la Villa, le es muy fácil dominar el Popocatepetl. ¡Esto es poca cosa!

Al freir será el reir, amiguito; pronto nos irá Ud. á dar pruebas de que tiene buenas piernas para subir y robustos pulmones para respirar. En cuanto á tí, Juan, no debes abrigar temores: habrá peligros, pero no hay que exagerar las cosas, y respecto á esos espectros gigantescos, si los vieramos [haciendo una seña á Sandoval] lo que sería una gran fortuna, nada malo nos harían. No son de la naturaleza del famoso *Cuantelpoxtle* (que por supuesto solo existe en la acalorada imaginación de los indios) de ese hombrecillo diminuto, de ese duende malévolo que ya brinca en el Pico del Fraile, ya se esconde en las grietas del Ixtalchiuatl, y que tan malas pasadas hacía en aquellos años á los neveros y á los leñadores. . . . Pero, se nos hace tarde.

Carlitos

Yo no sé si tendré buenas piernas, Sr. Dr., pero lo que son pulmones si los tengo, mire Ud. (canta) ya verá Ud. como voy á ser el gilguero de las nieves.

Antolín

Voy á ver que pasa con los caballos, pués hace dos horas que dejé á Don Lorenzo arreglándolos. Vuelvo en seguida... (se oye el toque de tambores y cornetas)

Doctor

Alguna tropa que llega de tránsito á este pueblo.

Sandoval

No Sr. es un destacamento que hay aquí, según nos dijo Don Antolín y que salió esta mañana á hacer instrucción. Vuelve sin duda á su cuartel.

Escena Tercera.

(*Entra un pelotón de infantería al mando del Teniente González y de un Subteniente.*)

Ualdés

¡Qué veo, el jefe de esa fuerza es Andrés González, mi antiguo compañero en la Preparatoria! Voy á saludarlo. (á Rivera)

Doctor

Qué simpáticos son los hombres de armas. . . .

Ualdés

¡Mi querido compañero!

Teniente

Ricardo, que agradable sorpresa! ¿A que se debe el verte por acá?

Ualdés

Voy al Popocatepetl, con el Sr. Dr. Ramiro y algunos amigos. Es un simple paseo, pero me será muy provechoso, porque ratificaré con mis propios ojos lo que he leído sobre el volcán.

Teniente

Pues, que tengan Uds. buen éxito en su expedición.

Ualdés

Te presentaré con el Dr: es un viejo muy guapo: es todo un sabio y muy campechano, ya verás.

Teniente

Lo saludaré con gusto.

Ualdés

Sr. Dr., le presento á Ud. y también á los señores. á mi antiguo camarada y querido amigo el Sr. Teniente Andrés González.

Teniente

Servidor de Ud. y muy á la orden de Uds. Sres.

Doctor

A mucha honra, conocer á tan bizarro militar.

Teniente

Señor.

Doctor

Y por qué no nos hace el Sr. Teniente el honor de acompañarnos á nuestra excursión?

Teniente

Mía sería la honra Sr. Dr., pero el servicio.

Doctor

Mande Ud. á paseo el servicio, mientras Ud. se pasea con nosotros.

Ualdés

Ciertamente, deja al Subteniente encargado de tus soldados y vamos.

Teniente

Gracias, señores; y á fé que buenas ganas tengo de conocer el volcán; y sobre todo en la amable compañía de personas tan distinguidas.

Ualdés

Pues, vamos hombre, anímate.

Teniente

Veán Uds., si pudieran esperarme un poco, solicitaría un permiso por telégrafo, y si me lo conceden.

Doctor

Magnífico, ponga Ud. el telegrama.

Ualdés

Aquí tienes papel, lápiz y timbre.

Teniente

Que expedito eres, venga el papel. (escribe) Toma Aviles, á la estación volando, y espera la contestación.

Ualdés

¡Vaya un encuentro!

Teniente

Es una muy agradable sorpresa.

Doctor

Con que está Ud. aquí, de destacamento?

Teniente

Sí, Sr. Dr., aquí me tiene Ud. hasta nueva orden.

Doctor

Gracias Sr. Teniente.

Teniente

Con permiso de Ud. voy á despachar á mis soldados.

Rivera

Al Dr. le gusta mucho la milicia: varias veces lo he oido hablar con entusiasmo, de la disciplina militar, y de la belleza de la táctica, etc. Por qué no nos hace Ud. el favor de que sus soldados ejecuten algunas evoluciones, ó hagan manejo del arma, que es tan bonito, por la precisión y energía que requiere.

Ualdés

Sí, al fin tenemos que esperar tu permiso.

Doctor

A los pobres soldados no les ha de agrandar mucho, vendrán fatigados, y además andan tan contentos comprando sus *calaveras*; pero. . . .

Teniente

No, señor, ellos tendrán tanto placer como yo en obsequiar sus deseos. Con permiso.

Doctor

Qué atento es este jóven teniente y que espíritu militar revela en todos sus actos.

(El Teniente dá sus órdenes y el pelotón ejecuta algunos ejercicios) (Al terminar se retira la tropa.)

Doctor

Bravo, Sr. Teniente: gracias por su amabilidad, y reciba Ud. nuestras más calurosas felicitaciones por el buen porte y la disciplina de sus soldados.

Teniente

Ud. me favorece demasiado.

Escena Cuarta.

Cuando acaban de salir los soldados entra Don Manuel.

- Manuel** Señor Doctor.
Doctor ¡Hola, Don Manuel. Ya temía yo que Ud. hubiera tenido algún inconveniente ahora que yo pude venir.
Manuel Ud. me dispensará la tardanza.
Codos Sres. muy buenos días.
Doctor Buenos días, Señor.
Manuel Aquí tienen Uds. al amigo que yo esperaba, á mi querido Don Manuel, quien tantas veces me ha ofrecido acompañarme, á mi siempre proyectada ascensión al volcán.
Doctor Al fin, se llegó, Dr.
Manuel Al fin Don Manuel, y ya verá Ud. como vamos á divertirnos en compañía de estos alegres muchachos. El Sr., es el Administrador de una de las más ricas haciendas de estas comarcas.
Manuel Manuel Cabrera, servidor de ustedes.
Doctor El Sr. D. Ricardo Valdés, distinguido alumno de la Escuela de Ingenieros, que en este año termina sus estudios.
 El joven Santiago Rivera, aprovechado preparatoriano y un futuro naturalista.
 El Sr. D. Pedro Sandoval, alumno de la Escuela de Bellas Artes, uno de los más aprovechados discípulos del señor Fabrés.
 El joven Armando Pérez, inspirado poeta y distinguido literato.
 Carlitos Cienfuegos, simpático joven que tiene todo su tiempo libre, y es uno de los más asiduos visitantes de la calle de Plateros y San Francisco.
 El señor Teniente González, que también nos acompañará al volcán; ya ve Ud., llevaremos hasta esa altura las armas nacionales.
D. Manuel Señores, yo nada valgo, pero mucho gusto tengo en ofrecerme á sus órdenes en la Hacienda de San Juan Guadalupe, donde tienen Uds. su casa.
Doctor Sr. Teniente, para que realmente lleguen al cráter las armas nacionales, se me ocurre que lleve Ud. la bandera de su batallón para saludar á nuestra gloriosa enseña en la blanca cima del Popocatepetl.
Carlitos Sí, señor Teniente; y yo tendré la satisfacción de enarbolarla en el cráter, porque quiero ser el primero en llegar al Pico Mayor.
Doctor No, Sr. D. Carlitos, no: ni Ud. llegará al cráter, ni á Ud. le corresponde llevar nuestro glorioso pabellón.

- Ualdes** ¿Darás tú ese gusto al Doctor, con la bandera que nosotros traemos al efecto?
Teniente Yo pondré la bandera mexicana donde Ud. me indique, si es que puedo llegar al término de nuestra ascensión.
Doctor Gracias, señor Teniente, gracias.

Escena Quinta.

Entran Antolín y D. Lorenzo con tres caballos ensillados, y los guías con una mula aparejada.

- Ant.** Aquí tienen ustedes sus caballos, señor Doctor, y los demás llegan en este instante, están ensillándolos aquí á la vuelta.
Doctor Bueno, bueno; ya era tiempo.
Ant. Ya ven ustedes señores, que al ojo del amo engorda el caballo. Apenas me presenté en la casa de D. Lorenzo y todo se arregló.
Lorenzo Acérquese D. Lorenzo.
Codos Buenas tardes, señores amos.
Ant. Este hombre es el jefe de los guías y el responsable de la expedición. Aquí se entiende con el señor Doctor.
Lorenzo ¿Donde están los equipajes que hemos de llevar?
Doctor Corre, Juan, al hotel y entrégales nuestros bultos. Vayan Uds. con este muchacho. ¡Arriba señores!
Ualdes Aun no llega el permiso de González.
Doctor Es verdad. Me olvidaba..... Ud. disimulará que con el entusiasmo.....
Teniente Pueden Uds. partir; porque ya es tarde; al fin si me dan el permiso, yo en un galope me incorporo á Uds. inmediatamente.
Doctor ¡No faltaba más; lo esperamos á Ud.
Teniente Gracias señor; pero no llegan Uds. á Tlamacas á buena hora, si pierden más tiempo.
Soldado (Entrando) Mi Teniente, aquí está el parte.
Doctor Bravo, eso es llegar á tiempo!
Teniente Concedido el permiso, y yo á las órdenes de Uds. (Todos aplauden y hacen exclamaciones de alegría.)
Doctor Pues á montar todos, y al volcán amigos míos.
Codos (Señalando al Popocatepetl) ¡Al volcán, al volcán!

SEGUNDA PARTE.

RANCHO DE TLAMACAS.—En el fondo, hacia la derecha, se ve el Popocatepetl, y á la izquierda las casas del rancho.

En el centro del foro, primer término, habrá una fogata, en la que se asa un venado, y en torno de ella se encuentran algunos de los personajes. También habrá en el fuego una gran cafetera, y á los lados de ella platos, tazas, etc. Es de noche.

Escena Primera.

El Dr. Ramiro, Don Manuel, Juan, el Teniente, Carlitos y el Soldado.

Carlitos Y dígame Ud. Sr. Dr., son muchos los sabios que han subido al volcán? . . . porque yo quiero saber algo de eso, para retener los ilustres nombres á que se han de asociar los nuestros.

Doctor No han sido sabios, precisamente, todos los que han subido; ni me parece que nuestros nombres merezcan consignarse en la historia de las ascenciones al Popocatepetl; pero no me disgusta que Ud. procure aprovechar útilmente el tiempo, aprendiendo algo.

Manuel Yo lo que sé, es que si allá en antiguos tiempos eran raras las personas que venían por acá, con objeto de visitar el volcán; ahora son muy frecuentes las caravanas.

Doctor Es que actualmente se realiza el ascenso con facilidad y casi sin peligros, mientras que en tiempos atrazados, la empresa era heroica, pues el volcán que tenemos á la vista no siempre ha presentado el aspecto pacífico que ahora le vemos. En otras épocas ese cráter silencioso, veíase coronado de elevadas y espesas columnas de humo, y lanzaba lucientes flamas ó rocas candentes. De ese modo lo admiraron llenos de sorpresa los primeros conquistadores desde Tlaxcala, en 1519.

Carlitos Insisto en mi súplica, Sr. Dr.

Doctor Bien, Carlitos, obsequiaré tus deseos.

Del primero que se tiene noticia entre los más distinguidos

visitantes del volcán, es de uno de los compañeros de Cortés, Diego de Ordaz, quien aguijoneado por la curiosidad, y por su espíritu aventurero, quiso ver de cerca el terrible espectáculo que de lejos presentaba la montaña; verificando su ascensión en Septiembre del año ya referido.

Teniente Y se ha comprobado últimamente ese hecho?, porque yo creo haber leído que no llevó á efecto tan temeraria empresa.

Doctor Sí, algunos han querido negar al valiente Diego de Ordaz la realización de tan heroica hazaña; pero historiadores desapasionados y verídicos le conceden la gloria de haber descendido al fondo del cráter, del cual brotaba lava fundida, escorias y rocas encendidas. En premio de tal heroicidad, Carlos V. le concedió que portase por armas de nobleza, la figura de la montaña que con tanta audacia había escalado.

Carlitos Lástima que ahora no haya un Carlos V. que nos haga nobles por nuestra actual empresa.

Manuel Ahora habría que hacer nobles á los guías, que son los que suben mejor. A nosotros apenas nos darían una medalla, en que nos representarían subiendo á gatas.

Doctor La necesidad de azufre que los conquistadores tuvieron, para la fabricación de pólvora, provocó la segunda ascensión, llevada á cabo en 1522, por los españoles Montaña y Mesa, en unión de sus compañeros de armas Peñaloza y Juan de Larios, y gran número de indígenas. Como el objeto que llevaban era la extracción de azufre, y la empresa era tremenda porque había que descender envuelto en los ardientes vapores y rodeado por las flamas que brotaban del cráter, echaron suertes para esto, y le tocó á Montaña descender el primero, quien bajó siete veces ligado á una cuerda que sostenían sus compañeros, sacando una gran cantidad de azufre. Lo siguieron otros de sus camaradas y llevaron á Cortés el azufre necesario para tener la pólvora suficiente con que acabar de minar el trono de Moctezuma.

Escena Segunda.

Dichos, y Rivera y Pérez que entran, por la derecha, con escopetas.

Doctor ¡Hola, qué dicen los cazadores?

Rivera Que hemos quedado muy mal, pues no encontramos ni una desgraciada liebre en los seis kilómetros que anduvimos de ida y vuelta.

Teniente Pues nosotros fuimos más afortunados, porque aquí, muy cerca, encontramos un venado, que fué muerto por el tiro certero de D. Manuel, y que dentro de breves instantes nos lo cenaremos.

Carlitos Pero no interrumpen ustedes al señor Doctor que nos hablaba de los primeros visitantes al volcán.

Doctor Sería tarea interminable referir tantas excursiones que sucedieron, en años posteriores, á las de los soldados españoles; así solo diré á Uds. que siete años después del hecho á que me refería, hizo su ascensión sin pretensión de ninguna especie el Padre Sahagun. Y que en 1772, fué cuando se realizó la primera excursión con un fin científico, y el héroe de esa jornada fué el sabio mineralogista sajón D. Federico Sonneschmidt, quien determinó, entre otras, las alturas del del Pico del Fraile y la del Ixtaccihuatl.

Rivera Luego vinieron las ascensiones de los señores Glennie y Taylor en 1827, quienes hicieron importantes observaciones.

Doctor Fueron muchas las excursiones científicas que después hubo, la mayor parte organizadas por sabios extranjeros.

Escena Tercera.

Dichos y Valdés y Sandoval, por la izquierda.

Carlitos ¿Y nuestros compatriotas que han hecho?

Doctor Ya desde 1857, se empezó á preocupar el Gobierno, al menos que yo sepa, de enviar excursiones científicas al Popocatepetl y al Ixtaccihuatl. En ese año, siendo Ministro de Fomento el Sr. Don Manuel Siliceo, se mandó una comisión científica, presidida por el Sr. Sonntag, en la que figuraron dos jóvenes mexicanos, los Sres. Salazar y Ochoa alumnos de Agricultura y Minería respectivamente.

Sandoval También el arte ha llegado á las nieves de nuestro viejo Popocatepetl, en busca de inspiraciones, como la ciencia en pos de verdades. En 1868, nuestro célebre pintor Don Eugenio Landesio, ya en avanzada edad ascendió hasta el borde del cráter; y la sencilla, pero artística relación que escribió de su excursión, es un paisaje continuado en el que se presentan con la fogosa imaginación del artista, todos los admirables contrastes que presenta esta hermosa región.

Doctor Yo creo que ya es tiempo de que termine la historia de las ascensiones y de que llegue la cena á nuestros hambrientos estómagos.

Valdés. Permítame Ud. que consigne solamente, la muy importante exploración llevada á efecto en 1865 por los Señores José G. Aguilera y Ezequiel Ordóñez, miembros de la Comisión Geológica Mexicana, cuya interesante memoria ha dado á conocer de un modo completo y perfecto la formación geológica de la hermosa montaña de que nos ocupamos.

Doctor Sí, Sres., ese es estudio verdaderamente interesante. Pero, vamos á la cena.

A ver, Juan, lúcete, hijo mío, destazando ese sabroso venado. (En este instante se oyen por la derecha los resoplidos y ruidos de los caballos que se asustan)

Valdés ¿Eh, que es eso?

Doctor ¿Que pasa?

Manuel Déjeme escuchar Sr. Dr. y yo se lo diré.

(Se oye un ahullido.)

Lorenzo ¡Ese es lobo!

Manuel

Sí, ese es un lobo. Présteme Ud. su escopeta Sr. Rivera y tú Juan ten cuidado con los perros, que no ladren. ¿Está bien cargada?

Rivera Perfectamente.

(Sale Don Manuel seguido de Don Lorenzo. General espectativa.)

Doctor Si se le pone á tiro, se lo sopla Don Manuel. Tiene una puntería...

(Otro momento de silencio, y se oye un grito aterrador y poco después llega Don Manuel pálido y tembloroso como conteniendo con la mano á alguien que lo siguiera.)

Todos ¿Qué le pasó Don Manuel?

Doctor

Cálmese Ud. amigo mío y díganos qué le ha pasado. Se iba Ud. á precipitar en el barranco?.....

Manuel

¡El fantasma, el fantasma! lo he visto con mis propios ojos. Ya vé como existen esos espantos de que hablan los indios.

Todos

¡El fantasma! (mirando al lado de donde vino Don Manuel.)

Valdés Pero explique Ud. lo que ha visto.

Juan

Doctor

Tóme Ud. un trago de agua Sr. Don Manuel.

Sí, tranquilícese, y cuéntenos lo que vió, para que así podamos averiguar la causa de tan extraña ocurrencia.

Manuel

(Después de un momento de reposo.)

Me fuí con dirección al barranco donde se oyó ahullar el lobo, dejando atrás á Don Lorenzo. Llegué á la orilla y me incliné un poco para oír si sentía ruido en el fondo; oí luego unos pasos en el otro lado, y al enderezarme para preparar la escopeta, me encontré frente á frente de una figura de hombre, grandísima que se movía en el aire, y en medio del barranco. Dominé mi terror, y al levantar la escopeta para disparar sobre aquella horrible visión, ví con espanto que ella levantaba en alto, algo tan grueso y tan grande como el tronco de un árbol. ¡Aquello era horrible! No pude resistir y heché á correr gritando azorado. Es la primera vez de mi vida que he tenido miedo. Yo era de los que no creen en apariciones y me reía de los que tales cosas me contaban; pero la verdad.....sí las hay.....

Doctor

Comprende Ud. lo que puede haber sido ésto? (sonriendo con intención á Valdés.)

Valdés

Sí, Sr. Dr; pero sería preciso, con algún otro caso, cer-

ciorarnos de que tal fenómeno se verifica en estos lugares. Tal vez en esta ascensión se nos presente igual oportunidad y entonces explicaremos á Uds. la causa de ese fenómeno, que no tiene nada de sobrenatural.

Lorenzo

Pués á mí me sucedió lo mismo hace tiempo, arriba de este cerro de Tlamacas.

**Doctor
Lorenzo**

¿A ver cómo?
Estaba yo entonces de azufrero, y diariamente subía al volcán á hacer carga, y volvía en la tarde con ella al rancho. Un sábado, después de la raya, un compañero me convidó para que en la madrugada fuéramos aquí al cerro á espiar á los coyotes; fuimos, y á eso de rayar la luz ya estábamos en el cerro. Nos sentamos á descansar un rato y al oír ruido, abajo del arroyo, me levanté preparando mi fusil, y ¡ay señores amos! todavía me acuerdo y se me paran los cabellos: fuí viendo un hombrote, que parecía de humo muy alto, muy grandote, con un fusilote, andando sobre la neblina que se levantaba del arroyo. Me santigué tres veces; quise gritarle al compañero, pero no pude, y me desmayé. Cuando volví del susto ya estaba aquí en las casas y me dió un tabardillo, que ya mero no lo contaba.

(Carlitos se pone muy asustado y el Dr. y sus compañeros, se sonrien.)

Rivera

¿Qué le pasa á Don Carlitos?

Doctor

¡Está Ud. asustado!

Carlitos

No Señor, si lo que tengo es frío, mucho frío, y un dolor de estómago, que parece que me han dado.....

Doctor

En efecto, está Ud. mal. Sería bueno que se recogiera; pero antes tome Ud. algo.

Carlitos

No Señor, si no tengo apetencia.

Ualdes

Voy á acostarme porque ya no aguanto el frío.
Vaya Ud., para que se reponga y esté fuerte para la subida.

Carlitos

Quién sabe si siga mal, y la verdad, creo que no podré ir con Uds. Me siento deveras muy mal.

Hasta mañana, señores.

Codos

Hasta mañana Don Carlitos.

Doctor

Vamos Don Manuel, ya pasaría el susto. Ya le explicaremos á Ud. la causa de que algunas veces se vean esos, que Ud. llama fantasmas. Por ahora á cenar, que ya el estómago pide algún refrigerio.

Manuel

Apenas creo lo que me pasa, Sr. Dr.; un hombre de mi temple, hecho una gallina, delante de tanta gente.

Doctor

Ya no piense Ud. en eso: vamos, señores, y mientras saboreamos este suculento asado y damos unos buenos sorbos de caliente y oloroso café, háganos Ud. Sr. Valdés partícipes de sus observaciones, que aunque de mera aproximación por estar hechos con instrumentos de campaña y á la ligera, siempre serán interesantes. También Riverita nos

dirá algo de lo que contienen sus apuntes de hoy, relativos á la flora de estas regiones.

Ualdes

Con mucho gusto, Sr. Dr. Comparando las últimas lecturas de mi aneroide con las hechas en México á nuestra salida, encuentro una diferencia de altura entre este lugar y la Capital de 1400 metros, que difiere poco de la comunmente admitida que es de 1326. Respecto de Amecameca, acusan mis observaciones una diferencia de 1200, que es mucho menor que la admitida; y en lo que respecta á la altura de éste mismo lugar sobre el nivel del mar, tengo solamente 3400, que Ud. sabe es de 3931. La temperatura media de mis observaciones termométricas en México, en relación con las barométricas, fué de 18°00 centígrados á la sombra, y la última lectura que acabamos de hacer aquí hace un momento Riverita y yo, nos dió 8°00 bajo cero.

Doctor

¡Caracoles! con razón se explica el frío. Y ya tomó Ud. la temperatura de ebullición aquí?

Ualdés

Si, Señor, es de 89°00 centígrados.

Doctor

¿Muy bien; y Riverita qué nos dice?

Rivera

Que ha sido para mí una impresión completamente nueva la de ver en unas cuantas horas el brusco tránsito, de la vegetación más exuberante, á la que solo consiste, como aquí se vé, en un monte de ocotes más ó menos altos, con muchos palos muertos: un monte viejo que contrasta extraordinariamente con el de Amecameca, que es una selva de abundante vegetación, en la que se ven grandes ocotes, encinos, cedros y oyameles, y gran diversidad de arbustos. Noté que á la altura de 2700 metros desaparecieron los cedros y disminuyeron notablemente los arbustos. Del rancho del Paraje, es decir, de tres mil metros de altura para acá desaparecieron los encinos, los oyameles, la mayor parte de los arbustos y el zacatón, tan abundante en el suelo de Amecameca.

Doctor

Pues mañana verá Ud. cómo á corta distancia de este lugar desaparecerá completamente la vegetación. ¿Y el Sr. Teniente tomó algunas notas para su itinerario?

Teniente

Sí, Sr. Dr. Ya tomé nota de que el camino de Amecameca á este punto, es en su mayor extensión el mismo que conduce á Puebla, dirigiéndose casi al E. Que en ese camino, y á corta distancia de Amecameca, se encuentra San José Tomacoco, que es una fábrica de tejidos y molino de trigo, movida por las aguas del río del mismo nombre; y que en todo ese trayecto hasta Boca del Monte, que dista de Amecameca ocho kilómetros aproximadamente, hay á uno y otro lado, grandes laboríos, cortados por gran número de pequeñas barrancas, cuyos sembrados, son actualmente de trigo y cebada, el primero en germen y la segunda en cosecha. En el rancho del Paraje que está poco más ó menos á 20 kilómetros de nuestro punto de partida, y á orillas de un ria-

chuelo que se llama "El Chacatla," se separa el camino directo á este lugar, cambiando su dirección al S. E., mientras que el de Puebla continúa al E.
(Empieza á alumbrar la luna.)

Doctor Muy bien, amigos míos; celebro mucho que aunque hayamos venido á una excursión puramente amena, no nos hayamos limitado á contemplar con vulgar curiosidad, y como simples bobalicones, el panorama que ante nuestra vista se desarrolla, sino que saquemos algún fruto de nuestra bellísima excursión.

Sandoval Tan entretenidos han estado Uds. refiriendo sus observaciones, que no se han dado cuenta de que la reina de la noche, nos envía sus plateados rayos hace rato, y se están perdiendo de contemplar un grandioso espectáculo. Miren Uds. cómo la luna baña con sus plateados fulgores la diadema de nieve del volcán. El gran cono nevado, parece como un colosal velador de cristal apagado, que cubre todavía la enorme lámpara de roca, donde antes ardía esplendorosa flama.

Doctor ¡Ah, los artistas.....los grandes soñadores!
Rivera De veras que está hermosa la luna.....Inspírate Pérez, inspírate, y canta á la graciosa Diana.

Todos Sí, que recite Pérez algo á la luna, para saludarla.
Pérez Con mucho gusto, señores. También yo deseo tomar alguna parte ésta amena velada. (Recita unos versos á la luna.)

Todos ¡Bravo, bien por Pérez!
Doctor Ciertamente que hemos tenido una velada bellísima, en la que inconscientemente cada uno ha puesto algo de su parte. La naturaleza siempre nos inspira, y hace brotar de las almas la placentera alegría de la expansión.

Manuel Lástima que se nos haya enfermado Carlitos, para que también hubiera cantado algo.

Rivera Que nos hubiera adelantado el trozo de Yone, que nos ofrecía cantarlo mañana sobre la cumbre del Vesubio mexicano, como él dice.

Jaldés Lo que ha empezado á cantar es la palinodia.
Doctor ¡Pobre muchacho! Considérenlo Uds: una jornada de 28 kilómetros, cuando menos, en lomo de mula; aunque sea en albardón, es una cosa estupenda para quién solo anda cortas distancias, y eso en coche ó automóvil.....! ¿Pero Ud. Don Manuel no contribuye con algo para la amenidad de esta velada?

Manuel Que más contribución quiere Ud. que la plancha del fantasma.

Todos (Rien.)
Doctor Pues, veamos quien quiere tomar todavía la palabra, para dar fin á nuestra velada.

Pérez Ahora, que Sandoval comparaba al volcán con una gran lámpara apagada, cubierta con blanco velador, y bañada

por los plateados rayos de la luna, recordaba yo la leyenda del Popocatepetl y del Ixtlaccihualt, de uno de nuestros poetas nacionales. ¿Quieren Uds. que se las recite?

Doctor Por supuesto; será el broche de oro con que cerremos nuestra página de hoy.

Todos ¡La leyenda, la leyenda!

Pérez
Este era un rey gigantezco
De fuertes y negras formas:
Era un tirano tremendo,
Todo estrago y todo cólera
Que convirtiera este valle,
En una mar tenebrosa
De odio, de sangre y venganzas,
Que dejaran cruel memoria.
Pero una vez el monarca,
Es vencido por la hermosa
Ternura de una hija amante,
Que pide misericordia
Y piedad para su padre
A quien el gigante inmola.

.....
La hija palidece, mira
El rostro del rey...y llora
Con tanta angustia, con tanta,
Desolación espantosa,
Que el tirano enternecido,
Aquella alma noble adora.
Le ofrece arrepentimiento,
Y la pide por esposa.
Más ella, exige el cadáver
De su padre; le abre una honda
Fosa en la falda del monte,
Y ella, dulce y melancólica
Se tiende en la cima enhiesta
Diciendo: seré tu esposa
Si velas constante el sueño
De los dos, desde esta hora,
Teniendo siempre encendida
Una alta y humeante antorcha.
Y aunque el valle se conmueva
Y usurpen tu reino, todas
Las razas que has ultrajado
Feroces y vengadoras,
Y aunque horribles cataclismos
E inundación espantosa
Todo aniegue y todo arrase,
Seguirás hora tras hora
Inmóvil, velando el sueño
De mi padre, con la antorcha,

Mientras yo también reposo,
 Un sueño blando, en que todas
 Las alburas de la luna
 Solitaria y melancólica
 Me vistan de eterna nieve.
 Y cuando lleguen las rosas
 De la eterna primavera,
 De una paz que no hay ahora,
 Cuando los hombres se amen
 Y no haya sañas traidoras,
 Ni guerra en el mundo; entonces
 Entonces seré tu esposa. . . .
 Dijo la hija de la víctima,
 Y allá en la cima, ella sola
 Se tendió, de cara al cielo,
 Vestida con misteriosa
 Túnica blanca de nieve
 Y de luna melancólica;
 Mientras que á su lado, el fiero
 Gigante encendió su antorcha
 De amor y arrepentimiento
 Ante aquella que reposa,
 ¡Y los siglos han pasado,
 Y se ha apagado la antorcha
 Humeante; pero ya es blanca.
 Cual tristeza redentora,
 La frente del rey gigante
 Que vela el sueño á la esposa.
 ¡Ixtaccihualt, mujer blanca,
 Culminante, pura y sola,
 Es lejana compañera
 Del volcán, á donde ahora
 Nuestro entusiasmo nos lleva,
 Que hace siglos que su antorcha
 Apagó, pero que tiene
 Sobre su frente, corona
 De blancura que se enciende
 Con los rayos de la aurora.

Todos
Doctor

¡Bravo, bien! (abrazos y felicitaciones)
 Pues, ahora sí, señores, á la cama, y que no recibamos en
 ella los nacarados rayos de la aurora, porque no llegamos
 al cráter.

Telón rápido.



TERCERA PARTE

LAS PEÑAS DE LA CRUZ.

En segundo término derecho, se verá el grupo de rocas en que está la Cruz, y un poco atrás de ese grupo una peña más alta. En el fondo y á la izquierda se ven el pico del Fraile y el cráter. Neblinas en tercer termino de la izquierda.

Escena Primera.

Dr. Ramiro, Valdés, Sandoval, Manuel, el Teniente, Don Lorenzo, Soldado, Corneta y los guías correspondientes (cuatro); quienes acaban de dejar los caballos y llegar á las peñas.

- Doctor** ¡Pobres animales! apenas han podido llegar.
Valdés Si nosotros, que venimos sin andar, sentimos ya tanto los efectos del aire enrarecido, cómo vendrán ellos con su pesada carga.
- Manuel** Yo siento que se me oprime el corazón como jamás lo había experimentado, y lo siento latir con tanta fuerza que parece que quiere salirse del pecho.
- Sandoval** Esa subida por la arena es tremenda para las bestias, porque se hunden en ella, y solo con extraordinario esfuerzo pueden caminar.
- Manuel** A mí ya no me valían ni las espuelas ni la cuarta. Mi caballo se clavó de tal modo, que parecía que allí iba á morir. Jamás me había sucedido semejante cosa, y ni en la Cuesta del Soldado en el camino de Jalapa, ni en la de Maltrata, me había pasado lo que ahora.
- Doctor** Guarezcámonos, de este aire helado, tras ese grupo de rocas, que apesar de su triste aspecto y de su negrura y aspereza, son un agradable refugio, en medio de esta región severa y silenciosa.
- Teniente** ¡Las famosas peñas de la Cruz, donde tantos viajeros han descansado!
- Doctor** Sí, señor teniente, las peñas de la Cruz cuya altura es de

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1925 MONTEREY, CALIF.